



LUCHAS ANTI-RACISTAS Y LIDERAZGO AFRO-DESCENDIENTE E INDÍGENA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ponencia para el “Intercambio
entre mujeres indígenas y
afrodescendientes”
Proyecto BUILD de la Fundación
Ford y CCARC

Juliet Hooker

6 de Mayo 2021



Juliet Hooker

Juliet Hooker es miembro de la Junta Directiva del Consejo de Investigaciones del Caribe Centroamericano (CCARC). Actualmente es profesora de Ciencias Políticas en Brown University en Estados Unidos. Es originaria de la Costa Caribe de Nicaragua, de ascendencia Creole.

Buenos días. Es un gran placer estar con ustedes hoy. Como mujer afrodescendiente procedente de la Costa Caribe de Nicaragua es un honor ser parte de este diálogo sobre el liderazgo de las mujeres indígenas y afrodescendientes en estos momentos de crisis socio-sanitaria global que se sobrepone a otras crisis de larga data como el cambio climático, el racismo, el patriarcado, la represión estatal, el autoritarismo, la falta de respeto a los derechos humanos, etc. La pandemia mundial del coronavirus-19, ha provocado pérdidas incalculables en todo el mundo. Desde el terrible número de muertos que en este momento superan 500,000 en los Estados Unidos, más de 900,000 en Latinoamérica, y más de 3 millones a nivel global, hasta la devastación económica que ha provocado, las vidas trastornadas y las rutinas quebrantadas, la imposibilidad de ocasiones colectivas para celebrar y lamentar junto a seres queridos, e incluso las pérdidas más cotidianas de tener que prescindir del contacto humano táctil (un beso en la mejilla, un abrazo); las pérdidas causadas por la pandemia del COVID -19, son incalculables.

Al mismo tiempo, la pandemia y las respuestas inadecuadas de los estados nacionales han expuesto aún más los patrones existentes de precariedad y desigualdad arraigados en estatus de ciudadanía, raza, clase, género, sexualidad, etc. En los Estados Unidos, por ejemplo, los trabajadores ahora reconocidos como “esenciales,” aquellos que no pueden guardar cuarentena y que por ende tienen mayor riesgo de infección, son mayoritariamente mujeres, y son principalmente mujeres negras y latinas. Uno de cada tres trabajos ocupados por mujeres ha sido designado como esencial, ya que las mujeres constituyen casi nueve de cada 10 enfermeras. Las mujeres constituyen también la mayoría de terapeutas respiratorios y una abrumadora mayoría de los técnicos de farmacia. Más de dos tercios de los trabajadores en las cajas registradoras en los supermercados y mostradores de comida rápida son mujeres, y el 90% de las personas empleadas en trabajos domésticos son mujeres. Igualmente, las mujeres de color y las inmigrantes integran el 58% y el 35%, respectivamente de los trabajadores en esos campos.

En cuanto a la incidencia del virus, los grupos con mayor incidencia de infección, hospitalización y muerte son afro-descendientes, latinos y pueblos indígenas. Según datos recientes del Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC), los pueblos indígenas tienen una tasa de hospitalización por COVID-19 ajustada por edad aproximadamente 5.3 veces mayor que la de las personas blancas no hispanas. Las tasas de hospitalización por COVID-19 entre las personas negras no hispanas y las personas hispanas o latinas son aproximadamente 4.7 veces superiores a las de las personas blancas no hispanas. Esos patrones de acceso desigual, se repiten en cuanto a las vacunas, ya que estos grupos tienen menores porcentajes de personas vacunadas hasta la fecha. Según el New York Times la tasa de vacunación de los afro-descendientes en los Estados Unidos es la mitad de las correspondientes a los blancos, y la brecha para la población latina es aún mayor. Cuando vemos la situación en términos de género, una investigación reciente sobre la participación laboral de las mujeres concluye diciendo que: “Un año después de la pandemia del coronavirus, las mujeres no están bien.” Más de 2.3 millones han abandonado la fuerza laboral desde febrero del 2020, lo que baja su tasa de participación laboral a niveles no vistos desde 1988, según el Centro Nacional Legal de la Mujer. En el mes de diciembre del 2020, las mujeres representaron el 100% de los puestos de trabajo perdidos en el país. Entonces las enormes desigualdades raciales, de género, y de clase social en el impacto de la pandemia demuestran sin duda que no estamos “todos juntos en esto” como suelen afirmar los políticos en momentos de crisis nacional. Más bien la pandemia de COVID-19 ha agravado desigualdades sistémicas y estructurales que fundamentaban nuestras sociedades, y que ya que afectaban a grupos más vulnerables como los pueblos indígenas y afrodescendientes, los inmigrantes, las mujeres, etc.

Quiero tomar un momento para hablar de este impacto sobre la vida de una mujer en particular que fue perfilada en una investigación de la revista *Pro Pública* sobre el impacto de la pandemia en la crisis de casos de cáncer que no fueron diagnosticados durante el año pasado a causa del COVID-19. El artículo se enfoca en el caso de Teresa Ruvalcaba, una inmigrante mexicana de 48 años que vive en Chicago con sus 3 hijos y que trabajó por más de 20 años en una fábrica de dulces. El año pasado por miedo a contagiarse de Covid, no buscó atención médica a pesar de tener dolor e inflamación en los senos. Tampoco quería pedir permiso en el trabajo, por miedo a ser despedida y no poder pagar la hipoteca de su casa en un barrio latino y no poder mantener a sus hijos. Recientemente fue diagnosticada de un caso agresivo de cáncer de mamas y el pronóstico no es muy bueno.

El artículo también habla de sus hijos, especialmente de su hijo Sergio que quiere ser médico pero que es el que ahora mantiene a la familia, y ayuda y cuida a su madre y hermanos, como lo ha hecho desde niño cuando traducía de Inglés al Español, incluyendo negociar el pago de la cuenta de teléfonos a los 9 años. En el caso de Teresa y su familia vemos los esfuerzos y sacrificios de generaciones de migrantes que pasan a ser parte de un sistema en que tantas familias sólo llegan a tener acceso muy precario a lo que es el sueño de una vida mejor en los Estados Unidos.

El caso de Teresa y su familia deja ver que los que han sido más afectados por la pandemia son aquellos que ya eran vistos como desechables. Las desigualdades en el impacto de la pandemia son el resultado de inversiones públicas en la vida de algunos y la correspondiente condición de "descartables" de otros.

En general, son aquellos que ya eran vulnerables los que ahora están sufriendo mayores pérdidas: los inmigrantes, los refugiados y solicitantes de asilo en centros de detención, los inmigrantes indocumentados que no pueden acceder a los diversos programas de ayuda promulgados por el Congreso, las personas de origen asiático que enfrentan ataques racistas debido a los que crean un chivo expiatorio al hablar del virus 'chino,' las personas sin techo que no pueden mantener la distancia física y no tienen hogares en los que refugiarse, la población encarcelada que en algunos estados fue utilizada para fabricar máscaras y desinfectante mientras no les proporcionaban condiciones adecuadas de protección al virus, las mujeres que ya asumían la mayor parte del cuidado de los hijos y las tareas domésticas aún antes de que se empezara a trabajar y aprender desde la casa, los jóvenes LGBTQ para quienes la casa no siempre es un espacio seguro.

La pandemia no ha cambiado simplemente nuestras rutinas diarias, ha revelado la forma profundamente desigual en que están estructuradas la sociedad y la vida familiar. Para entender este contexto quiero hablar un poco de un proyecto de investigación, en el que tuve la gran suerte de participar, que aborda esos temas y que culminó en la publicación de un libro colectivo que se titula: ***Black and Indigenous Resistance in the Americas: From Multiculturalism to Racist Backlash*** [Resistencia negra e indígena en las Américas: del multiculturalismo a la reacción racista]. El libro reúne a académicos y activistas negros e indígenas de las Américas. Es el producto de un proyecto de investigación transnacional de varios años de la Red de Investigación y Acción Antirracista de las Américas cuyo objetivo fue analizar la política racial contemporánea en siete países del hemisferio: Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Guatemala, México y Estados Unidos. El objetivo principal del proyecto fue explicar cómo llegamos al momento actual de racismo resurgente en el continente americano y trazar un camino a seguir para el activismo antirracista en el hemisferio. Tomemos por ejemplo el caso de dos países sobre los que escribimos en el proyecto, Estados Unidos y Brasil. Las administraciones de Trump en los Estados Unidos y de Bolsonaro en Brasil, se caracterizan por el racismo abierto (además de sexismo, autoritarismo, violencia, y hostilidad a la ciencia, etc.). Esos niveles de racismo, en cierto sentido no fueron sorprendentes, ya que Estados Unidos y Brasil tienen una larga historia de racismo a pesar de sus respectivos mitos nacionales de ser un país de inmigrantes en el caso de los Estados Unidos y de supuestamente ser una democracia racial en el caso de Brasil. Sin embargo, las victorias electorales de Trump y Bolsonaro sí podrían ser vistas como sorprendentes en la medida en que se dieron después de períodos en que hubo importantes logros en términos de justicia racial. Por ejemplo: la elección del primer presidente negro en los Estados Unidos y la institucionalización por primera vez de derechos significativos para pueblos negros e indígenas en Brasil, incluyendo programas de acción afirmativa y la creación de un ministerio a nivel de gabinete para combatir la discriminación racial.

Entonces ... ¿cómo fue que llegamos a este momento? Responder a esa y otras preguntas urgentes fue uno de los objetivos principales de nuestro proyecto de investigación, que tiene algo muy importante en común con el presente diálogo, que en contraste con la forma separada en que los movimientos afrodescendientes e indígenas en América Latina generalmente se estudian, situamos las experiencias y perspectivas indígenas y afrodescendientes dentro del mismo lente analítico, de la misma forma que lo están haciendo ustedes en este espacio.

Hasta hace poco, la desigualdad racial en América Latina era a menudo atribuida a las diferencias de clase. Sin embargo, a partir de la década de 1980, casi todos los países de la región adoptaron políticas multiculturales que dieron como resultado la institucionalización de una amplia gama de derechos para pueblos indígenas y comunidades negras rurales. Los derechos multiculturales conquistados en ese período, siguieron la lógica del reconocimiento cultural, a saber: que todos tienen derecho a su propia cultura y por lo tanto el Estado debe proteger las culturas minoritarias. Los derechos multiculturales otorgados por los Estados latinoamericanos en esa fase inicial, no incluyeron derechos dirigidos específicamente a enfrentar la discriminación racial. Pero en la década del 2000, países latinoamericanos como Brasil y Colombia comenzaron a adoptar políticas públicas para combatir la discriminación racial institucionalizada.

Esas dos fases de avances en sus derechos por pueblos indígenas y afrodescendientes, que ciertamente no eliminaron las desigualdades raciales existentes, culminaron en una reacción violenta y un retroceso de las políticas destinadas a remediar la desigualdad racial que habían sido reconocidas. Esta reacción racial impulsó el actual “giro a la derecha” y la reemergencia de regímenes autoritarios (aunque periódicamente permiten elecciones) en América Latina. Nosotros argumentamos, entonces, que lo que surgió a partir del supuesto retorno a la democracia en la región que empieza en los años 80, son proyectos raciales dirigidos por el Estado en respuesta a la movilización negra e indígena durante una era de expansión de los derechos multiculturales en el contexto del capitalismo neoliberal. Esa era de expansión de derechos, es seguida por una reacción violenta contra los pocos avances muy duramente alcanzados por los pueblos indígenas y afrodescendientes, mostrando que, contrariamente a las críticas sobre las “políticas de identidad”, las pérdidas y angustias producidas por los fracasos del neoliberalismo han sido entendidas en términos raciales. Nosotros sostenemos que la justicia racial está siendo atacada y en retroceso en todo el hemisferio. De igual manera, argumentamos que las políticas y discursos abiertamente racistas están aumentando en América Latina y los Estados Unidos.

Por lo tanto, es urgente identificar estrategias antirracistas que estén a la altura de la gran tarea de enfrentar el racismo resurgente. A nuestra manera de ver, eso implicará ir más allá de las estrategias de búsqueda de derechos centradas en el Estado. Más bien es fundamental situar una crítica al capitalismo racial como eje central de la lucha anti-racista.

Dentro de ese análisis, que fue publicado previamente al inicio de la pandemia, una de las facetas que no resaltamos en ese momento, pero que sí considero que es fundamental, es el papel de las mujeres. De hecho, dos de los casos que analizamos, Bolivia y Brasil se centraron en las luchas de mujeres indígenas y negras. Quisiera cerrar mis comentarios hablando un poco del análisis de mis colegas Pamela Calla y Luciane Rocha sobre esos dos casos de Bolivia y Brasil, porque creo que ilustran la centralidad de las ideas y prácticas políticas de las mujeres indígenas y negras para la lucha antirracista y porque nos dan pautas sobre cómo vivir más allá de la crisis actual de la pandemia del Covid-19 y las otras crisis que la preceden.

Pamela Calla en su análisis sobre Bolivia sugiere que son las mujeres indígenas las que están liderando la lucha contra el extractivismo. Al enfrentar la militarización de los espacios que habitan y la criminalización de la protesta, ellas han tenido que replantear sus nociones de autonomía y formulado nociones emergentes de cuerpo-territorio; una lucha principalmente inspirada y orientada en torno a la cuestión de la tierra. Es “una lucha no solo por la tierra en el sentido material, sino también profundamente informada por lo que la tierra como sistema de relaciones y obligaciones recíprocas puede enseñarnos sobre cómo vivir nuestras vidas en relación unos con otros y con el mundo natural en términos no dominantes y no explotadores.” Luciane Rocha, en base a un análisis de la Marcha de las Mujeres Negras contra el Racismo y la Violencia y por el Bem Vivir en noviembre de 2015, reflexiona sobre las secuelas del golpe contra Dilma Rousseff, que dejó a las mujeres negras sin un interlocutor estatal, tras las victorias de la derecha impulsadas por la reacción racista.

A pesar de eso, son las mujeres negras las que articulan una visión política amplia que abarca un futuro para todos: “la promoción de la igualdad racial; el derecho al trabajo, al empleo y la protección de las trabajadoras negras en todas las ocupaciones; el derecho a la tierra, el territorio y la vivienda / derecho a la ciudad; justicia ambiental, defensa de los recursos compartidos y no mercantilización de la vida; el derecho a una red de seguridad (atención médica, asistencia social y seguridad social); el derecho a la educación y el derecho a la justicia.” Para finalizar, quisiera enfatizar lo siguiente: contra Estados que se enfocan en políticas genocidas que atentan contra la vida, necesitamos Estados enfocados en políticas públicas de bienestar para el bien común, lo que en inglés las teóricas del feminismo llaman “a politics of care,” o sea una visión de la vida en común focalizada en las ideas de cuidar el planeta y la vida de todos. Al mismo tiempo, no pueden ser sólo las mujeres las que tengan que hacer el trabajo de reproducir el mundo y la vida. Esta es una tarea que debe ser un compromiso de todos, mujeres y hombres. Pero las ideas y las luchas de las mujeres indígenas y afro-descendientes nos brindan visiones de cómo sostener la vida en contextos caracterizados por la violencia extrema y la muerte, que nutren la posibilidad de un futuro colectivo.



FORD
FOUNDATION